

gracia, á no hacer ya el menor aprecio de su persecucion.

#### JACULATORIAS.

*Diligam te, fortitudo mea.* Salm. 17.

Cuanto mas me aborrezca el mundo, mas y mas quiero amarte á tí, Dios mio, que eres toda mi fortaleza.

*Quis me separabit à charitate Christi?* Ad Rom. 8.

¿Quién será capaz de apartarme nunca del amor de mi Salvador Jesucristo?

#### PROPOSITOS.

1. Que una virtud fingida alborote los ánimos y excite la indignacion de todo el mundo, no hay cosa mas justa. Los hipócritas son objeto de la abominacion de Dios y del horror de todos los buenos. Pero que se levanten los ánimos contra la verdadera virtud, y que la virtud cristiana sufra una especie de persecucion en medio del cristianismo, son unos hechos que solo por la experiencia se pudieran hacer creibles, y parecen tan opuestos á la religion como á la razon. No te admiren, pues, ni mucho menos te acobarden los modales duros, groseros, desdeñosos con que los mundanos tratan á las personas que hacen profesion de virtud; ni mucho menos extrañes la poca justicia que á esta se le hace. Antes bien debes persuadirte de que tu conducta no será muy aprobada de este género de gentes desde el mismo punto que te retires de sus concurrencias, y comiences á reformar tus costumbres; pero guárdate bien de rendirte jamás á sus falsos juicios. Para lograr mejor esto, nunca te declares á medias por el partido de Dios. Haz pública profesion de

servirle; declarate abiertamente por la perfeccion cristiana. A ninguno desprecia mas el mundo que á aquellos devotos que se avergüenzan de que los tengan por tales.

2. Es un acto de virtud de suma utilidad cumplir todas las obligaciones de cristiano públicamente y de un modo ejemplar. Asiste los domingos al sacrificio de la misa y á los divinos oficios en tu parroquia con modestia y con ejemplar devocion. Frecuenta los sacramentos en público, y nunca te avergüences de parecer cristiano.

#### DIA VEINTE Y NUEVE.

##### SAN NARCISO, OBISPO.

Fué san Narciso uno de los mas santos prelados del segundo siglo, y vino al mundo hacia fines del primero. En aquellos dichosos tiempos, tan cercanos al nacimiento de la Iglesia, los sucesores de los primeros fieles casi todos heredaron la inocencia, el zelo y el fervor de los que el mismo Salvador del mundo habia formado ó habian sido instruidos y enseñados por sus sagrados apóstoles. Es probable que san Narciso fué natural de Jerusalem, que fué educado en el primitivo espíritu de la religion cristiana, que reinaba en aquella capital de la Judea, teatro de nuestra dichosa redencion. Ignóranse los sucesos de los primeros años de su vida; solo se sabe que se aplicó con desvelo al estudio de las ciencias, particularmente al de la religion en que salió muy excelente. Correspondian á la excelencia de su ingenio la rectitud y la pureza de su corazon; por lo que hizo mayores progresos en la san-

tividad que en la inteligencia de la sagrada Escritura. Siendo aun mas santo que sabio, todavía esta misma sabiduría contribuyó mucho á purificar sus costumbres. Entró en el clero en tiempo del patriarca Valente, ó á lo menos en el del obispo Dulciano, y en breve tiempo fué modelo de santos eclesiásticos. Elevado al sacerdocio, á pesar de su humilde resistencia, la nueva dignidad dió nuevo lustre á su inocencia y á su virtud. Llamábanle el sacerdote santo, y pocos fieles dejaron de experimentar los efectos de su virtud y su zelo; pero sobre todo ningun pobre dejó de publicar los de su ardiente caridad.

Lograba Narciso esta general estimacion de los fieles y del clero cuando vacó la silla patriarcal de Jerusalem por muerte del patriarca Dulciano. Hubo poco que deliberar en la eleccion de su sucesor; fué Narciso elegido patriarca de Jerusalem por todos los votos. No hubo mas oposicion que la suya; pero no se podia deferir á ella siendo el sugeto tan digno, y la voluntad de Dios tan declarada. Fuéle preciso rendirse á los sufragios y clamores de todos los buenos; y habiendo sido consagrado hácia el año de 180, fué el trigésimo obispo de aquella santa ciudad despues de los apóstoles.

Con la nueva dignidad se sintió animado de nuevo fervor y de nuevo zelo; tanto, que, contando ya á la sazón ochenta años, gobernó el rebaño con el mismo vigor y con la misma actividad que lo pudiera hacer en la mas robusta y mas florida juventud. Por su solícitud pastoral devoró fácilmente todos los trabajos de la mitra; y su penitente vida solo era austera para él mismo. Estaba en continua acción, predicando, instruyendo ó visitando su obispado, atento siempre á desviar los lobos, que con piel de ovejas se arrimaban al redil, cubiertos con todos los artificios de los herejes, para encarnizarse en el rebaño. Infa-

tigable en las funciones de su ministerio, consolaba á unos, alentaba á otros, y se hacia todo á todos por ganarlos para Cristo.

Hácia el año de 195 asistió y presidió el concilio que se convocó en Palestina para decidir el punto sobre el dia en que se debía celebrar la Pascua: controversia que á la sazón tenia tan encontrados los ánimos como divididos los pareceres. Los padres del concilio compusieron una epístola sinodal importantísima y oportunísima, á juicio de san Jerónimo, para confundir á los que no se querian rendir á la decision del papa Víctor, obstinándose en que la Pascua se debía celebrar, como lo hacian los judíos, el dia catorce de la luna de marzo, contra lo que habia definido la santa sede. Tiénese por cierto que este concilio se celebró en Cesarea, metrópoli á la sazón de toda la Palestina. Tambien se asegura que nuestro santo convocó otro concilio de catorce obispos en su iglesia de Jerusalem sobre el mismo asunto; y que en todos fué igualmente escuchado y venerado como oráculo.

En el cuarto siglo se conservaba todavía entre los fieles de Jerusalem la memoria de muchas maravillas que habia obrado Dios por los méritos del santo obispo, uno de los mas célebres patriarcas de aquella santa ciudad. Entre otras es muy particular la que refiere Eusebio. Una vispera de Pascua faltó el aceite de las lámparas al mismo tiempo que los ministros de la iglesia iban á celebrar la solemnidad de la vigilia. Movido san Narciso de la turbacion y de la confusion que causaba en el pueblo aquel descuido, mandó á los que cuidaban de las lámparas que sacasen agua de un pozo que estaba á mano, y se la trajesen. Animado de aquella viva fe y de aquella entera confianza, que en parte caracteriza á todos los santos, hizo oración, y mandó á todos los ministros que llenasen con ella las lámparas. Obedecieron, y en el mismo punto,

por un milagroso efecto del poder divino, aquella agua se halló convertida en aceite. Todos á porfia acudieron á proveerse del aceite milagroso, el cual se conservó mucho tiempo en memoria de tan nuevo y tan particular prodigio, asegurando Eusebio que aun se conservaba alguna porcion de él en sus días; es decir, mas de ciento y cuarenta años despues de san Narciso.

Aunque era tan notoria y tan brillante la virtud de nuestro santo, queriendo el Señor purificarla con el fuego de la persecucion, permitió que no estuviese á cubierto de la mas fea calumnia. Tres hombres malvados, no pudiendo sufrir el resplandor de tan eminente santidad, ni mucho menos las saludables reprensiones de su zeloso pastor por su escandalosa vida; considerando por otra parte como un yugo insoportable su vigor episcopal y el arreglado tenor de aquella conducta irreprochable, le acusaron de un crimen verdaderamente atroz. Para hacer mas creible su acusacion, la confirmaron con un solemne juramento, en forma de imprecacion, siendo diferente la de cada uno. El primero dijo: *Quemado muera yo si no es verdad lo que digo.* El segundo: *Permita Dios que me cubra de lepra si es falsa mi acusacion.* El tercero: *Quiero perder la vista si no fuese cierto lo que afirmo;* pero con todos estos juramentos, á ninguno pudieron persuadir que el santo obispo fuese capaz del delito que le imputaban. Sin embargo, horrorizado el santo de tan injusta acusacion, y perdonando de corazon á sus calumniadores, le pareció que Dios le ofrecia esta ocasion para retirarse á la quietud y á la soledad, por la que largo tiempo habia estaba suspirando. Partió, pues, secretamente; huyóse de su iglesia, y se fué á enterrar vivo en un espantoso desierto, donde se supo ocultar tan bien, que por espacio de ocho años no se pudo descubrir el lugar de su retiro.

Entre tanto, no tardó Dios en vengar la inocencia de su siervo castigando con precipitada pena la maldad de sus calumniadores. En breves dias se vieron cumplidas en los tres perjuros las maldiciones que cada uno habia pronunciado contra si. Prendióse fuego una noche en la casa del primero con tanta violencia y con tanta rapidez, que él y toda su familia perecieron vivos en las llamas, sin que fuese posible socorrerlos. El segundo se cubrió de tan horrible y asquerosa lepra, que no se dejó ver en público hasta la muerte. El tercero, á vista de la desgracia de los otros dos, quedó tan espantado, que confesó delante de todo el mundo la conspiracion formada contra el santo prelado, siendo tan vivo su dolor y arrepentimiento, tan continuas y tan copiosas sus lágrimas, que al cabo perdió la vista. Asi vengó la divina justicia al inocente calumniado, y así castigó el sacrilegio y el perjurio.

Habiendo desaparecido san Narciso, sin que por espacio de un año se hubiese podido saber el lugar donde se habia retirado, fueron de parecer los obispos de la provincia que se debia proceder á la eleccion de nuevo pastor. Recayó esta en Dio; pero habiendo fallecido pocos meses despues, fué puesto Germanion en su lugar, y á Germanion sucedió Gordio en muy breve tiempo. En estas circunstancias dió el Señor á entender á nuestro santo que, corriendo de su cuenta el cuidado pastoral de un numeroso rebaño, debia preferir los trabajos del ministerio episcopal á la tranquilidad de su propia quietud; y que, estando tan visiblemente probada, como universalmente reconocida su inocencia, era obligacion precisa restituirse á su iglesia. Costóle mucho este sacrificio; pero al fin fué necesario hacerle, y se dejó ver en Jerusalem como un hombre venido del otro mundo. Recibieronle todos los fieles con tanto alborozo, que,

por mas instancias que les hizo para que le permitiesen acabar sus dias en el retiro y en la oscuridad de una vida privada, no lo pudo conseguir: ni le fué posible excusarse de volver á tomar el gobierno de su iglesia. Así parece que lo queria tambien Dios; porque apenas llegó Narciso á Jerusalem, cuando murió el obispo Gordio, suceso que confirmó á nuestro santo en el concepto de que esta era la voluntad del Señor. Aplicóse, pues, segunda vez al pastoral gobierno de sus ovejas con una vigilancia, con un zelo y con un vigor, que nada se resentian de la avanzada edad, trabajando todavia algunos años con copioso fruto. Pero al fin, su extrema ancianidad, sus fatigas apostólicas y sus excesivas penitencias llegaron á debilitar, y aun á consumir todas sus fuerzas; de manera que se halló imposibilitado de cumplir con las precisas obligaciones del ministerio episcopal; y suplicó intensamente al Señor que, si no era su voluntad sacarle todavia de este mundo, se dignase por lo menos proveerle de un auxiliar, que pudiese suplir la debilidad de un viejo de ciento y doce años. Oyóle Dios benignamente, inspirando á san Alejandro, obispo de Flaviada en la Capadocia, que fuese en peregrinacion á visitar los santos lugares de Jerusalem, y una vision que tuvo le confirmó en este pensamiento. La misma vispera de su entrada en la santa ciudad reveló Dios á san Narciso y á muchos de sus clérigos que el dia siguiente al mismo romper del dia entraria en la iglesia un obispo extranjero, el cual habia de ser coadjutor y sucesor del patriarca Narciso. Pasaron toda aquella noche en oracion, y al amanecer se oyó una milagrosa voz, que clara y distintamente les decia saliesen á recibir al que estaba destinado para obispo suyo. Salieron todos, y el primero con quien se encontraron fué con san Alejandro, que se quedó extraordinariamente admirado y sorprendido cuando vió delante

de sí á todo el clero con el santo patriarca al frente. Introdujéronle en la iglesia con solemnidad; y habiéndole declarado san Narciso lo que Dios les habia revelado, le rogó que quisiese encargarse juntamente con él del cuidado de aquella iglesia. Informado el pueblo de lo que pasaba, acudió de tropel á unir sus ruegos con los del clero; y como el santo obispo Alejandro vió tan descubierta la voluntad del Señor, se rindió á tomar el gobierno de todo el rebaño bajo las ordenes de su santo pastor. San Alejandro, ilustre ya por haber confesado muchas veces á Jesucristo, y con el tiempo mucho mas por el glorioso martirio que padeció en el imperio de Decio, promovió maravillosamente el zelo de nuestro santo. Escribiendo algun tiempo despues a los antiochitas de Egipto, les dice así: *Saludoos de parte de Narciso, que gobernó esta iglesia antes de mí, y ahora la gobierna juntamente conmigo, siendo al presente de mas de ciento diez y seis años.*

Con efecto, ya no se hallaba nuestro santo en estado de hacer otra cosa que orar, por su extremada ancianidad. Su continua union con Dios, la ternura de su devocion, el ardor de su caridad, y lo dilatado de su zelo en una edad tan avanzada, é infatigable de su zelo en una edad tan avanzada, acreditaban bien que Dios le habia dejado tan largo tiempo en este mundo, solo porque la Iglesia gozase mas años aquel perfecto modelo de virtudes episcopales, y todos ics fieles un cabal dechado de la mas elevada santidad. Quiso, en fin, el Señor premiar á su siervo tan larga cosecha de trabajos, y tan rico tesoro de merecimientos como habia adquirido en su dilatada carrera, y murió con la muerte de los justos, siendo de mas de 116 años, que vivió en un continuo ejercicio de todas la virtudes cristianas.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En la Lucania, san Jacinto, san Quinto, san Feliciano y san Lucio, mártir.

En Sidon de Fenicia, san Zenobio, presbítero, quien, exhortando á los otros al martirio en el rigor de la última persecucion, fué él tambien hallado digno del martirio.

El mismo dia, los santos obispos Maximiliano, mártir, y Valentin, confesor.

En Bérgamo, santa Eusebia, virgen y mártir.

En Jerusalem, la fiesta de san Narciso, obispo, respetable por su santidad, su paciencia y su fe, que rindió su alma á Dios de edad de ciento diez y seis años.

En Autun, san Juan, obispo y confesor.

En Casiope en la isla de Corfú, san Donato, de quien habla san Gregorio papa.

En Viena, el tránsito de san Teodoro, abad.

En Broc de Auvernia, san Mazoniano, confesor.

Cerca de Sens, san Bando, penitente, venerado en una iglesia de su nombre, donde está su sepulcro.

En Senlis, santa Lueva, reina de los Armoricanos.

Este mismo dia, santa Maria la Penitenta, convertida por su tio san Abraham.

En Sarzana en Italia, san Basilio de Luna, obispo, tan venerado, que ha dado su nombre á la catedral.

En Hamptoncourt en Inglaterra, santa Elleda, abadesa.

En el reino de Nápoles, san Estéban de Cayas, obispo de la ciudad de este nombre.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente :*

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Narcissi, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice Narciso, para que, así como él te sirvió dignamente, nos libres de nuestros pecados por sus merecimientos. Por nuestro Señor...

*La epistola es del cap. 5 de la de san Pablo á los Hebreos, y la misma que el dia XIV, pág. 352.*

## NOTA.

« Escribió san Pablo esta epistola en hebreo, cuyo original se perdió muy desde el principio. Ni esto nos debe admirar, á vista de que el evangelio de san Mateo, tan respetable por mil razones, reconocido por Origenes y por san Jerónimo, que le vieron y le consultaron, ha mas de mil y doscientos años que absolutamente no parece. Créese comunmente que san Lucas tradujo esta epistola en griego; y como la lengua griega era entonces la mas universal, y la que usaban comunmente los judíos convertidos, no se cuidó mucho del original hebreo. »

## REFLEXIONES.

*Para ofrecer sacrificios por los pecadores. El sacrificio de la nueva ley hace infinitos excesos en mérito y en virtud á todos los sacrificios de la ley antigua. Ins-*

titucion enteramente divina, oblacion santa, victima de infinito precio, inmolacion del cuerpo y sangre adorable del hombre Dios, pontifice igual en todo á Dios mismo; ¿puede imaginarse sacrificio mas divino, ni mas digno de nuestro culto? Todo esto se halla junto en el santo sacrificio de la misa. No solo es este sacrificio el acto mas perfecto de religion; es, por excelencia, la maravilla de la misma religion; es, por decirlo así, el compendio de toda ella. Todos los sacrificios de la ley antigua, aunque tan augustos, eran no mas que oscura sombra, débil, imperfecta figura de la majestad, de la dignidad, de la excelencia del sacrificio de la nueva ley. Es la misa propiamente el tesoro de la Iglesia; es el esmero de la sabiduria y de la misericordia de Dios: ¡con qué respeto se debe asistir á ella! pero ¡con qué pureza de vida! ¡con qué fe! ¡con qué fervor! ¡con qué devocion! ¡con qué modestia! ¡con qué gravedad y majestad debe el sacerdote celebrar este adorable sacrificio! ¡con qué profunda religion se ha de presentar en el altar! La Escritura dice que Salomon sacrificó al Señor veinte y dos mil bueyes, ciento y veinte mil ovejas y carneros en la solemnidad de la dedicacion del templo. La Iglesia cuenta mas de veinte millones de mártires, que, habiendo derramado su sangre por la fe, fueron otras tantas victimas sacrificadas al Dios vivo. Pues ¿qué honra no le tributará tambien el sacrificio voluntario de todas la criaturas? Con todo eso, todos los actos de religion, y muchos otros mas perfectos que pudieran hacer las criaturas mas nobles, son muy inferiores, no tienen la menor proporcion con la excelencia del incruento sacrificio de Jesucristo en el ara del altar. Mas se le honra á Dios con una sola misa, que le pudieran honrar todas las obras de los ángeles y de los hombres, por fervorosas, por perfectas, por heroicas que fuesen. La inmaculada hostia que se

ofrece en el divino sacrificio, es de un mérito proporcionado á la majestad del mismo Dios á quien el sacrificio se ofrece. ¿Está Dios irritado con nosotros? ¿tenemos necesidad de nuevos auxilios? ¿gemimos bajo el violento yugo de las pasiones? ¿desfallecemos al rigor de obstinadas y graves enfermedades? ¿tenemos que rendir gracias á Dios por nuevos beneficios? ¿hallamonos alcanzados, y todavia con obligacion de satisfacer á la divina justicia? Pues en solo el sacrificio de la misa encontraremos remedio á todas estas necesidades, y sobradísimo caudal para salir de todas nuestras deudas. Es la misa el remedio universal, el árbol de la vida y de la inmortalidad; porque en ella recibe Dios el homenaje de su querido Hijo, en quien tiene sus complacencias. Es una victima que desarma su cólera: es un sacrificio de propiciacion que no puede dejar de aceptar, á lo menos, por parte de la misma victima. ¡Buen Dios, con qué ansia debieran los fieles asistir á ella! ¡y cuánta es la dignidad de los sacerdotes, respetable aun á los ángeles mismos! pero ¡cuál debe ser su pureza, su fe, su devocion!

*El evangelio es del cap. 24 de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Vigilate ergo, quia nescitis qua hora dominus vester venturus sit. Illud autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias qua hora fur venturus esset, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Ideo et vos estote parati, quia quia nescitis hora Filius hominis venturus est. Quis putas est fidelis servus, et prudens, quem cons-

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discipulos Velad, porque no sabeis en qué hora ha de venir vuestro señor. Sabed, pues, esto, que si el padre de familia supiera la hora en que habia de venir el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Por tanto, estad tambien vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no sa-

tituit dominus suus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore? Beatus ille servus, quem, cum venerit dominus ejus, invenerit sic facientem. Amen dico vobis, quoniam super omnia bona sua constituet eum.

beis. ¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su familia para que les dé á tiempo el sustento? Bienaventurado el siervo, á quien su señor cuando venga encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dará la administracion de todos sus bienes.

## MEDITACION.

DE ESTO QUE SE LLAMA MUNDO.

## PUNTO PRIMERO.

Considera que es cosa bien extraña que, hablándose tanto del mundo, teniéndose tantos miramientos por el mundo, poniéndose tanto cuidado en agradar al mundo, temiéndose tanto disgustarle, no se apliquen los hombres á conocer qué es eso que se llama mundo, y á examinar si acaso se discurre sobre preocupaciones falsas, si los temores son bien ó mal fundados, si este ídolo no es mas que una fantasma; en una palabra, si lo que se llama mundo es una cosa que merezca ser temida, y á la cual se hayan de sacrificar los bienes, la quietud y la misma alma; en fin, si el tal mundo es un objeto digno de ser tratado con tanta circunspeccion y con una eterna condescendencia. ¡Cosa rara! no se propone verdad de religion, máxima del Evangelio, que no se haya de consultar con el espíritu del mundo, que no se apele á su tribunal. Por lo comun la doctrina de Jesucristo ha de pasar por su examen. Asítese enbuenhora la conciencia, condene, prohiba Dios, todo está suspenso mientras el oráculo de los mundanos no da su parecer. Todo se ar-

regla, por decirlo así, segun sus interpretaciones; todo cede á sus costumbres y á sus leyes; todo se acomoda á sus máximas. El mundo quiere, el mundo condena, no sufre el mundo, el mundo no aprueba. Santo Dios, ¡qué lenguaje es este entre los que hacen profesion de cristianos! ¡y qué vergüenza de los cristianos el usar de este lenguaje! El mundo quiere ó no quiere. Y en suma, ¿quién es ese mundo cuyo imperio está tan extendido, cuyo poder es tan universal, y cuyas decisiones son oráculos? Si ese mundo moral es una fantasma, que solo tiene ser en la imaginacion, ¿no seremos unos insensatos en forjarnos un amo tan incómodo, sin mas sustancia ni subsistencia que las fantasias de otros? ¿en figurarnos un ídolo formidable, compuesto y fabricado de nuestras propias ideas? Pero si ese mundo es alguna cosa real, ¿qué derecho tiene para imponernos leyes tan duras? ¿quién le dió esa autoridad? ¿de dónde le vino la jurisdiccion? ¿y por qué fatalidad hemos de ser nosotros esclavos suyos? Ciertamente cuando se discurre sin pasion y sin preocupacion; cuando se examina de cerca qué cosa es ese mundo, debiéramos indignarnos contra nosotros mismos por haber hecho tanto caso de él, siendo el juguete y la burla de su capricho.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que este mundo, que ejerce tan absoluto dominio en los entendimientos y en los corazones, hablando en propiedad, no es otra cosa que esa bulliciosa multitud de hombres de diferentes genios, inclinaciones y gustos, que, no acomodándose con las máximas de Jesucristo, no tiene otro fin que su interés, no reconoce otra regla para gobernarse que la de sus pasiones, ni otro objeto de sus ansias que los bienes, las honras, los deleites y los gustos de esta